

9. Todo nos hace creer, dice Tillemont, que san Marcelino recibió entonces la corona del martirio (24 de octubre de 304). Fué enterrado en el cementerio de Priscila, en la via *Salaria*, cerca del puente Salaro. Hemos dicho que los Donatistas, algunos años mas tarde, osaron calumniar la memoria del santo pontífice. Querian hacer creer que san Marcelino, no pudiendo sobrellevar la violencia de los tormentos, habia renegado de la fe. Esparcida la mentira con apariencias de verdad, no dejó de hacer algun eco. Decian en efecto que el pontífice, reconociendo su pecado, se habia presentado, suplicando, ante un concilio de trescientos obispos reunidos en Sinuesa; y que reconociendo allí su error, pedia llorando que se le impusiera penitencia; pero que el concilio le respondió: *Tuo te ore, non nostro judica; nam prima sedes à nemine judicatur*. Pero todo aparece falso en esta odiosa suplantacion; y hoy es cosa averiguada que esta acusacion es calumniosa, y que este papa no cometió semejante falta. San Agustín, hablando de Petilio, autor de esta fábula, dice: « Llama á Marcelino *traditor*, malo vado, sacrilego: yo lo declaro inocente. No es menester que me canse en probar su inocencia, porque Petilio mismo no se atreve á formular su acusacion. » Se ha repetido en nuestros dias esta acusacion<sup>(1)</sup>; pero los sabios trabajos de Schelestrato, Roccaberti, Pedro de Marca, Pedro Constant, Papebroquio, Natal Alejandro, Pagi, Aguirre, Sangallo, Javier de Marca (Maistre) han probado suficientemente la inocencia de san Marcelino, y le han vindicado de todas esas calumnias.

(1) El Breviario romano (26 de abril) admite la caída del papa san Marcelino; pero Baronio nos advierte acerca de esto que la Iglesia romana no intenta imponernos como hechos auténticos los relatos de las lecciones de los santos. Hay algunos de que la sana crítica puede y debe dudar, cuando hay pruebas perentorias contrarias. En el mismo sentido habla Benedicto XIV en su obra *De servorum Dei beatificatione*. Y acerca de san Marcelino, asegura que el relato del Breviario romano sobre su caída es falso: 1º. por el silencio que acerca de circunstancia tan grave han guardado todos los antiguos escritores de la vida de los Papas; 2º. á causa de las fútiles imposturas de los Donatistas, quienes jamás pudieron presentar pruebas de su asercion: y para esto cita las palabras que del mismo santo hemos copiado.

§ II. VACANTE DE LA SILLA APOSTÓLICA (20 de octubre de 304-19 de mayo de 308).

10. La violencia de la persecucion, que principalmente asataba sus tiros contra los ministros de la Iglesia, impidió durante cuatro años el que el clero romano pudiera nombrar sucesor á san Marcelino. Los verdugos continuaron durante este intervalo á multiplicar los mártires. Santa Inés, vírgen romana, es una de las mas célebres. Apenas tenia quince años: su hermosura habia dejado prendido de amor al hijo del prefecto de Roma, que queria casarse con ella. Mas la jóven cristiana habia escogido ya por esposo á Jesucristo. Echada por el prefecto á un lupanar, conservó milagrosamente su virginidad. Las llamas de un horno ú hoguera inmensa que se encendió para quemarla, se separan y la respetan en todo su alrededor. En fin la cuchilla de un soldado le cortó la cabeza y la llevó al cielo. El nombre de santa Inés ha sido puesto tambien, como el de santa Águeda, Lucía y Cecilia, en el cánon de la misa. Hacia el mismo tiempo, santa Sotera, vírgen; Pedro, exorcista; y Artemio, carcelero, convertido por los cristianos cautivos, su mujer Cándida, su hija Paulina, y el sacerdote Marcelino padecieron igualmente el martirio en Roma. No quedó menos perseguido el resto de la Italia. En Bolonia, Agrícola fué prendido con su esclavo Vital: el esclavo fué puesto en cruz y martirizado el primero para atemorizar á su amo: ambos fueron enterrados en el cementerio de los Judíos, de donde mas tarde los sacó san Ambrosio. En Milan, san Nazario; san Celso, niño; los santos Nabor y Félix; Gervasio y Protasio, cuyas reliquias descubrió igualmente san Ambrosio. En Aquila, Cancio y Canciano, con su hermana Cancianila, de la familia consular de Anicio. — En Augusta de la Rhetia (Augsbourg), una ramera llamada Afra, convertida á la fe<sup>(1)</sup>, dió espectáculo de un valor heroico: fué

(1) Por san Narciso, obispo de Gerona, que fué á predicar el Evangelio á la Rhetia, y que poco despues fué martirizado en Gerona. (El Traductor).

quemada viva en una isla del Lech, por orden del procónsul Gayo. [Convirtiéronse igualmente á la fe su madre Hilaria, y sus criadas Digna, Eunomia y Eutropia; así como Dionisio Zósimo, su tío, que fué elevado al obispado por san Narciso, de Gerona, quien convirtió á toda esta familia, que de un cenagal de vicios hizo un plantel de virtudes que el cielo coronó con el martirio de todos sus miembros]. — En la Panonia, san Ireneo, obispo de Sirmio, y Victorino, obispo de Petaw, dieron su vida por Jesucristo. — En la Tracia, Felipe, obispo de Heraclea; Severo, sacerdote; y Hermes, diácono, fueron quemados vivos.

11. Tales eran las últimas centellas de la persecucion en Occidente. Un acontecimiento grande, que habia de mudar la faz del mundo, puso toda la Europa occidental en manos de Constancio Chloro. Este príncipe justo, virtuoso, benévolo para los cristianos, apagó las hogueras que desde dos años habia no cesaban de consumirlos á millares. Diocleciano habia venido á principios del año 304 á celebrar en Roma sus triunfos contra los Persas, Egipcios y pueblos de la Libia. Las medallas acuñadas en su honor, los arcos de triunfo levantados á su tránsito en su viaje, recordaban, entre sus otros títulos de gloria, el de *emperador victorioso de la impiedad cristiana*. Se quiso parodiar en el teatro los misterios de aquella religion que Diocleciano se vanagloriaba de haber borrado del universo. En presencia del emperador, de toda la corte, del populacho ebrio de gozo, el cómico Ginés se hizo vestir de hábitos ó ropas blancas como un neófito, y parodió con sarcasmos sacrílegos todas las ceremonias del bautismo cristiano. Cada gesto del histrion era recibido con los frenéticos aplausos de la turba. Llega á descender el agua bautismal sobre la cabeza de Ginés, mientras que se pronunciaban las palabras sagradas. El actor se levanta cristiano!!! Se adelanta hácia el fin del tablado y dice á los numerosos espectadores: « Oidme, » augusto emperador, oficiales, filósofos y pueblo de Roma: » cuantas veces ha llegado á mis oidos el nombre de cristiano, » me ha causado un horror invencible. Me he instruido exac-

» tamente de esta religion tan detestada para divertiros con » ella: mas apenas ha bañado mi cabeza el agua del bautismo, » yo, yo mismo he visto una mano que venia del cielo, y muchumbre de ángeles resplandecientes sobre mí. Han leído » en un libro todos los pecados que he cometido desde mi infancia, los han lavado en el agua con que yo he sido bautizado, y luego me han presentado el mismo libro mas blanco » que la nieve. » Se creyó desde luego que estas palabras estaban en su papel; así es que redoblaban furiosamente los aplausos: pero insistió tanto el nuevo cristiano, que al fin logró triunfar de la incredulidad con que solo le creian actor. Diocleciano furioso le hizo apalear; tendieron inmediatamente sobre el potro al mártir; su cuerpo fué desgarrado por los garfios de hierro, y fueron aplicados á sus heridas hachones encendidos. En fin fué decapitado por ese Dios que tan tarde se le habia revelado, pero que habia confesado tan fielmente desde el momento en que lo habia conocido.

12. El martirio de san Ginés fué el último que ordenó Diocleciano. Pocos dias despues abandonó á Roma, donde su lujo oriental habia dado lugar á las burlas de los *Quirites*: el trono imperial iba ya huyendo de esta antigua capital. Atacó al emperador una espantosa enfermedad, como para abatir el orgullo con que intentaba medir su poder con el del verdadero Dios. De regreso á Nicomedia, con el espíritu debilitado por los padecimientos, encontró á Galerio, el cual tomó para con él un tono imperioso, y aun hasta le habló de hacerle asesinar por sus legiones si se obstinaba en guardar el imperio. Se vió pues en un llano, inundado de una infinidad de grandes, de pueblo y de soldados, subir el viejo tirano á su tribunal y declarar que teniendo necesidad de descanso cedia el poder á Galerio. Al propio tiempo indicaba un nuevo César: era Daza ó Daya Maximino, pastor de rebaños é hijo de la hermana de Galerio. El emperador echó su manto de púrpura sobre las espaldas del pastor, y Diocleciano, que volvió á tomar su primitivo nombre de Diocles, tomó el camino de Salona, su patria (305). — Maximiano Hércules se despojó tambien de la

autoridad soberana en Milan á favor de Constancio Chloro, y nombró César á Valerio Severo, favorito oscuro de Galerio, el mismo dia en que Diocleciano completaba su sacrificio en Nicomedia. Maximiano, habiendo vuelto á tomar algo mas tarde la púrpura, instó para que Diocleciano siguiera su ejemplo; pero Diocleciano respondió: « Yo quisiera que vieseis las hermosas berzas que he plantado en Salona; de seguro que no me hablariais mas del imperio. » Palabras estoicas, desmentidas por amargos pesares. — La mano de Dios se extendió sobre estos dos perseguidores y sus razas, cuyo final nos cuenta Lactancio en su magnífica obra *De morte persecutorum*. Maximiano fué degollado con su hijo de ocho años y una hija de siete. Su mujer fué arrojada al Oronte, donde habia hecho anegar tantas cristianas. Diocleciano, emperador sin imperio, abismado en sus pesares y remordimientos, no dormia ya ni comia en su soledad de Salona: se resolvió á dejarse morir de hambre, y san Jerónimo nos dice que antes de espirar vomitó su lengua roida de gusanos. Prisca su mujer, y Valeria su hija, fugitivas y disfrazadas en vestidos andrajosos, fueron reconocidas, presas, decapitadas en Tesalónica y sus cuerpos echados al mar. ¿Porqué, al menos, no tuvieron valor de morir por aquel Dios de quien tan fatalmente renegaron?

13. Nada ganaban aun los cristianos con estos cambios de Césares. En el Oriente, Maximino Daya, á quien cupo mandar esta parte del mundo, ó mas bien hollarla con sus piés, ni entendia de guerra ni de negocios: solo llevaba al trono una insaciable ferocidad, y esto es lo que habia seducido á Galerio en su favor. Galerio, monstruo coronado, dió al mundo el espectáculo de una crueldad que aun podia parecer refinada y nueva al lado de Neron, Tiberio y Calígula. Alimentaba osos domésticos, á los que daba su propio nombre: les hacia echar cada dia á su vista y como racion algunos cristianos, y reia con horribles carcajadas cuando oia desmenuzar sus miembros palpitantes: dábase especialmente en sus festines este placer de bestia feroz. Otro suplicio de invencion suya contra los cristia-

nos le gustaba aun mas, porque prolongaba sus espectáculos horribles. Se ataba ó clavaba á los mártires á un poste ó madero, y se les ponía un fuego lento bajo la planta de los piés, hasta que sus carnes tostadas y asadas se caian de los huesos: entonces, con hachones que quemaban sin llamas, se les asaba miembro por miembro todo el cuerpo hasta que no quedase parte en su lugar. Por otra parte se les echaba agua fresca en la cabeza, y se les humedecian los labios y lo interior de la boca, para que no espirasen tan pronto. Se llegaron á ver quienes resistieron dias enteros á estas torturas, con gran regocijo de Galerio, que se saboreaba á su placer con tales padecimientos.

14. Continuaba pues la sangre cristiana inundando á todo el Oriente. En Aquileya, santa Anastasia, viuda de un embajador romano en Persia, fué decapitada el mismo dia que el sacerdote san Crisógono, que le habia enseñado la fe, bautizándola, y sostenido en el seno de su cautiverio. Sus nombres han merecido ser inscritos en el cánon de la misa. — En Tesalónica, santa Ágape, santa Quionia y santa Irene fueron quemadas vivas: Irene antes de su suplicio habia sido encerrada muchos dias en un lupanar, en donde tomó Dios á su cargo conservar intacta su virtud. — En Tarso de Cilicia, los santos Táraco, Probo y Andrónico, llevados sucesivamente con mil vejaciones crueles de Tarso á Mopsuesta y Anazarba, ciudades de la Cilicia, para recibir el interrogatorio del procónsul Máximo, agotaron por turno todos los géneros de suplicios, el potro, los garfios de hierro, los chuzos hechos ascua: no quedó parte ninguna de su cuerpo sin herida; sus ojos reventados, quebrados sus dientes, su lengua cortada, y en fin, mas semejantes á cadáveres mutilados que á hombres vivos, fueron arrojados á las fieras del anfiteatro de Tarso, en presencia de toda la poblacion. Una osa, una leona furiosa vinieron sucesivamente á lamer sus sangrientas llagas y á sentarse á sus piés acariciándoles. Máximo, mas cruel que estas fieras, mandó á los gladiadores que cortasen la cabeza á los mártires, los cuales fueron así á recibir la recompensa de su valor y constancia in-

contrastables. — En la misma provincia de Cilicia, santa Julita fué arrestada por orden del gobernador con su hijo de edad de solos cuatro años, llamado Cirico ó Ciro. Este santo niño, viendo atormentar á su madre, exclamaba que era cristiano como ella. Alejandro, gobernador, le tomó de los piés y le estrelló la cabeza contra las gradas del tribunal. Los sesos saltaron hasta cerca de su heróica madre, que solo pronunció estas palabras: « Gracias os doy, Señor, de haber coronado al hijo » antes que á la madre. » El juez la hizo zambullir de piés en pez hirviendo, y desgarrar con garfios sus carnes. Julita no cesaba de confesar su fe; mas al fin ese juez, ó mas bien verdugo, le hizo tapar la boca y conducirla al cadalso, donde fué degollada. — Tuvo tambien lugar en la misma ciudad de Tarso un martirio cuyas circunstancias eran extraordinarias. Bonifacio, pagano y mayormo de una señora romana llamada Aglae, habia estado amancebado mucho tiempo con su ama. Tocada en fin de la gracia y resuelta á mudar de vida, Aglae envió á su mayordomo al Oriente para traerle reliquias de mártires. Bonifacio, al salirse de Roma para su viaje, le dijo como por chanza, « que la rogaba recibiese un dia sus propias reliquias, » si se las traian bajo el nombre de mártir. » Cuando llegó á Tarso, halló la plaza pública llena de cristianos, á quienes se les hacia padecer suplicios horribles. Atónito de tal espectáculo, se acercó á los mártires, y se conmovió tanto de ver su constancia, que tocado su corazon de la gracia, exclamó: « Yo » tambien soy cristiano. » Hizole prender el gobernador, y le juntó con los santos confesores. Su cuerpo, rescatado por los criados que habia traido consigo, fué llevado á Aglae, que colocó estos preciosos restos en un magnífico oratorio que mandó construir á cincuenta estadios de Roma. — En Cesarea de Palestina, Apiano y Edesio, hermanos de nacimiento y de fe, fueron arrojados al mar. Agapio fué devorado por las fieras del anfiteatro. Teodosia, virgen de diez y ocho años, fué despedazada con garfios de hierro y echada al Mediterráneo. El sacerdote Pánfilo, el diácono Valente y gran número de otros cristianos fueron degollados al mismo tiempo. San Pánfilo ha-

bia escrito una apología de Origenes: Eusebio de Cesarea habia concebido tanto amor y respeto por él, que llevaba el sobrenombre de Pánfilo por respeto á la memoria de este santo. — En Siria, santa Domnina y sus hijas Prosdoca y Berenice, para evitar los tormentos y ultrajes á que las exponian su sexo y edad, se echaron á un rio, donde se ahogaron; así se libraron de las pesquisas que contra su virtud y sexo hacia el tirano. — En Amasia, el soldado Teodoro confesó á Cristo ante los jueces, que le otorgaron próroga para deliberar: aprovechóse de esta para poner fuego al templo de Cibeles. Vuelto á prender y atormentado mucho tiempo sobre el caballete ó potro, fué en fin quemado vivo. — En Egipto, mas de doscientos cincuenta confesores fueron enviados á las minas despues de haberles arrancado el ojo derecho, y quemado el nervio del pié izquierdo, á fin de que toda su vida fuese un martirio. — En Antioquia, santa Pelagia, virgen, viendo su casa cercada de perseguidores, se precipitó de lo alto del techo para librarse del deshonor y morir pura por su fe. Su madre y hermanas, habiendo sabido que iban tambien en busca de ellas, se echaron á un rio, teniéndose unas á otras de la mano, y se ahogaron. — En la Palestina, treinta y nueve confesores fueron decapitados de un golpe. Otros cuatro, entre los cuales se hallaban Peles y Nilo, obispos egipcios, fueron abrasados por el fuego.

15. Tan largo martirologio, y tantos rasgos de fe y heroismo se iban desarrollando y sucediendo durante los años 304, 305, 306 y 307, duracion de la vacante de la silla de Roma. Un momento de descanso en la persecucion dió ocasion en 305 á la reunion de once ó doce obispos de la Numidia en Cirta, hoy Constantina, provincia de Argel. Este conciliábulo, formado de obispos traidores, cuyos recíprocos crímenes se echaban en cara unos á otros, y que al fin se excusaron por un pacto de alianza comun, eligieron obispo de Cirta á otro traidor llamado Silvano. Por una contradiccion que pudiera parecer extraña, si no nos enseñara la experiencia que los mas indulgentes para consigo son ordinariamente mas severos para con los demás, depusieron estos mismos obispos, seis años mas tarde,

á Ceciliano, obispo de Cartago, como habiendo sido ordenado por traidores. — En tanto que ministros indignos de un Dios de paz y caridad ofrecían al mundo este escándalo, san Pedro, patriarca de Alejandría, daba á su iglesia cánones ó reglas de conducta respecto de los cristianos fieles que no habían podido resistir á la violencia de la persecucion. Este monumento de la antigua disciplina de la Iglesia respira la mansedumbre y discrecion compasiva del buen pastor: la mayor duracion de las penitencias prescritas por san Pedro de Alejandría es de tres años; y es para los amos que habían enviado á sus esclavos en lugar suyo á presentarse á los tribunales de los jueces y sufrir los tormentos en lugar de sus amos. Respecto de los que solo sucumbieron por flaqueza y pusilanimidad, aun sin haber combatido, se les podia recibir á la comunión despues de un año de penitencia. — Tal es la virtud de los santos, llena de aquella *condescendencia misericordiosa del Hijo del hombre, que ha venido á buscar, no á los justos, sino á los pecadores.*

§ III. SAN MARCELO, PAPA (19 de mayo de 308-16 de enero de 310).

16. Aun mucho tiempo despues que había cesado en Roma la persecucion general y sangrienta, se buscaban con ahinco feroz los clérigos para meterlos en las cárceles ó lugares de reclusion: así es que solo pudo reunirse el clero romano el 19 de mayo de 308 para hacer cesar la vacante de la Santa Sede, eligiendo por papa á san Marcelo, uno de los sacerdotes que san Marcelino guardaba casi siempre consigo. La antigüedad cristiana alaba su firmeza en mantener el vigor de la disciplina. Despues de los estragos de la persecucion, gran número de cristianos que no habían tenido el valor de confesar constantemente su fe en presencia de los tiranos, pedían tumultuosamente que se les dejase volver al seno de la Iglesia sin pasar por las saludables pruebas de la penitencia canónica. Recibirlos así, no hubiera sido misericordia sino debilidad; así es que conociéndolo muy bien san Marcelo, supo resistirse á sus tentativas á expensas de su tranquilidad personal. Tal es el elogio

que de este santo nos hace el papa san Dámaso, sin darnos mas detalles.

17. Entretanto comenzaba á arborear en el horizonte del mundo el nombre de Constantino Magno, tan caro á la Iglesia. La Providencia, que vigilaba á su destino, le iba librando poco á poco de las trabas que parecia debían ahogar su naciente gloria. Hijo de Constancio Chloro y de Helena, hija de un fondista de Roma, sin favor ni proteccion conocida, despues del repudio de su madre, se vió reducido á agregarse á la corte de Diocleciano y peleó en las guerras de la Persia y del Egipto. Su valor, denuedo y modales afables le hicieron muy pronto extremadamente popular en los campamentos. La abdicacion de Diocleciano le puso bajo el poder y dependencia de Galerio, el cual, envidioso de su gran crédito para con los soldados, quiso deshacerse de él, excitándole á batirse cuerpo á cuerpo desde luego contra un sármata, y despues contra un leon. Constantino salió felizmente de esas maquiavélicas pruebas, y se libró con la huida de las maquinaciones de Galerio. A fin de no ser perseguido, hizo cortar los corvejones de los caballos de posta, á medida que iba cambiándolos en su fuga, y se juntó con su padre en Boloña en el momento en que este, vencedor de Carausio, se embarcaba para la Gran Bretaña. Constancio murió en Yorek algunos meses despues, en 306. Las legiones, ensayando con el último esfuerzo su poder, sin aguardar la eleccion del palacio, proclamaron á Constantino emperador. Galerio, á pesar suyo, se vió obligado á dejar el poder á este rival detestado por él. Aun le estaban reservados á Galerio otros sucesos mas pesados. Su tiranía había indignado extremadamente á los Romanos, que sacuden su yugo y dan la púrpura á Maxencio, hijo de Maximiano Hércules. El padre sale de su retiro, se une á su hijo, y á fuerza de presentes y promesas gana el ejército que Galerio enviaba contra ellos bajo el mando de Severo, su cólega en el imperio, y fuerza á este general á sajar sus venas (307). Galerio acude en persona, y llega con sus legiones á las puertas de Roma. Encuentra la capital fortificada y defendida por Maximiano y Maxencio, que